



Por M. Campa

# PROBLEMAS EDUCATIVOS

Hay cuestiones de tal peso que, aún empeñándose unánimemente en no resolverlas, terminan ellas mismas por imponer una solución. Esto es lo que parece que está ocurriendo con el Colegio Universitario. Primero se decidió instalarlo en el edificio de la Universidad Laboral —sin contar previamente con las Mutualidades Laborales ni con el Patronato dueños de aquella institución. Luego, fracasada —como es lógico— la tentativa anterior, se pensó en situarlo en terrenos de la Laboral, si bien fuera del mismo edificio. Mientras tanto, el Ayuntamiento recibió la oferta de otros terrenos, similares a los anteriores, para construir el Colegio evitándose toda suerte de problemas. Pero la operación, entonces, hubiera perdido todo dramatismo y, claro, la oferta fue desestimada.

El argumento que se repite una y otra vez es que en la Universidad Laboral hay demasiados terrenos sin utilizar actualmente, demasiados campos de deportes. Si se parte de las exigencias de la sociedad gijonesa actual, así es, efectivamente: las personas «pudientes» que practican deportes tienen sus clubs; de los económicamente débiles, la gran mayoría practica el único deporte de ver jugar al Sporting. Pero si en vez del estado actual del problema —una gran masa enajenada por el fútbol profesional— pensamos en las exigencias que en campos de juego deben corresponder a 250.000 habitantes, se ve claramente que en Gijón no hay demasiados terrenos deportivos, sino muy pocos, si, como cabe esperar, cede algún día la pasión del fútbol espectáculo, para dar paso a una moderada práctica deportiva de la mayoría de los habitantes.

Ahora bien, como parece claro que en la voluntad del Ayuntamiento no está el dar mayor amplitud a la cultura —lo que podría hacer cambiar en algo el actual status social de la villa— sino favorecer, en este caso, la cultura intelectual a costa de la deportiva, no queda otra posibilidad sino que las Mutualidades Laborales cedan parte de sus terrenos. Porque da la impresión de que la casa consistorial se opone terminantemente a que se amplíe el ámbito educativo de la ciudad. ¿Que hacen faltas solares para escuelas? ¿Qué mejor que suprimir campos de fútbol populares? Así el equilibrio se mantiene. ¿Que las Mutualidades Laborales necesitan más edificios? Que sacrifiquen los campos de deportes. Porque, si se deja espacio suficiente para edificar escuelas y para campos de deportes, la formación de la juventud puede resultar «excesiva», pero, sobre todo, disminuirán los terrenos destinados a la especulación.

Nuestro Ayuntamiento no ha aceptado otros solares aparte de los que incluyen terrenos de la Universidad Laboral. El Colegio Universitario gijonés resulta urgente, dados los actuales planteamientos de la enseñanza. Las Mutualidades Laborales deben, pues, transigir. Para campo de fútbol nos bas-

tará algún día el Molinón, que, por cierto, también fue propiedad de las Mutualidades, a las que, según crece la especulación del suelo, resulta cada vez más difícil defender su patrimonio. Sin embargo, creemos que en este caso deben ceder esos solares, porque, si no es así, nos quedaremos otros dos años sin la existencia real de ese fantasma de Colegio Universitario engendrado en el Boletín Oficial del Estado.

## SPAIN IS DIFFERENT

Estamos en Gijón en plenos Festivales de España; que son espléndidos y, a la vez, únicos —no debe olvidarse que «España es diferente». Un pequeño accidente ocurrido en ellos no ha disminuido su interés sino todo lo contrario. Mientras se representaba una Antología de la Zarzuela algunos de los números excluidos de la selección, descontentos y resentidos, abandonaron el elenco artístico pidiendo asilo político en la ciudad. De resultados de lo cual anda aquí mezclada con la realidad la ficción zarzuelera. Las historias y personajes del género chico han tomado cuerpo en la villa, aunque a veces, se presenten revestidos con el empaque de grandes obras literarias. Así que voy y me encuentro con un amigo que me asegura haberse convertido en un personaje de Kafka. Es un profesor de matemáticas al que el Ministerio de Educación ha dejado sin vacaciones porque los profesores de religión están en huelga.

—Algo habrás hecho de malo —le decimos.

—En absoluto. Me he limitado a firmar las actas

de calificación de los alumnos obedeciendo órdenes de la superioridad.

—Pues habrá sido por eso, que era, tal vez contrario a las disposiciones entonces vigentes que exigen la firma de todos los profesores, incluidos los de religión.

—Pero yo no tengo ninguna jurisdicción sobre los demás profesores —añadió—. Además los que no firmaron las actas han sido también sancionados con la pérdida de unos días o semanas de vacaciones.

Yo no quise desilusionar a mi amigo que creyéndose un héroe kálfiano era más bien protagonista de una historia de José Cañizares o, todo lo más, de Bretón.

En cada aldea hay un tonto oficial. Cuando una persona mayor le hace una burla, el tonto, que no se atreve a pegar a los adultos, larga un trancazo a cualquier niño que esté a mano. Cuando surgió el problema de los profesores de religión —a los que, en contra de las directrices del actual plan de desarrollo, se les bajó el sueldo, ya de suyo menguado—, todos nos dijimos: ya están esos dos colosos, Iglesia y Estado, definitivamente enfrentados; a ver si, de una vez, suprimen el «discordato» y, en lo sucesivo, cada mochuelo está en su olivar. Pero los colosos, cuando se enfrentan, muchas veces lo hacen causando perjuicios a terceros, a «vietnamitas», como ocurre en el ejemplo máximo ruso-americano.

Hasta el momento, los profesores de religión —a quienes la Administración adeuda importantes atrasos— no han sido sancionados por su paro académico y por su negativa a calificar a los alumnos; los demás profesores del Instituto «Jovellanos» han firmado las notas de sus alumnos y han sido sancionados; los demás profesores del Instituto del Coto no firmaron las notas y han sido sancionados. He aquí el «dialelo» más propio de Cañizares que de Kafka.

Ultimamente salió una disposición ministerial permitiendo dar las notas a los alumnos, aunque falte la firma de algún profesor. De momento esta medida —sumamente delicada por otros conceptos— aplacará el conflicto. Pero esperemos que se paguen los atrasos debidos a los profesores de religión, que se les aumenten, en vez de disminuir, los salarios, para que situaciones de esta índole, de las que resultan víctimas los alumnos y demás docentes, no se repitan.

Resulta chocante que los sacerdotes reciban sueldo del Estado por prestar servicios a la Iglesia, y que, en cambio, no tengan un salario digno cuando trabajan para la Administración Pública.

Pero los «vietnamitas», los paganos de los platos rotos en esta escaramuza Iglesia-Estado han sido los alumnos que han quedado a medias de calificar y los demás profesores. No cabe duda: Spain is different.

